

**Conversación, a manera de clausura del congreso, entre José Luis García Sánchez, productor, guionista y director de cine, y Rogelio Blanco, director general del Libro, Archivos y Bibliotecas, tras una breve presentación a cargo de Rafael Escuredo, presidente de la Fundación BLU.**

**José Luis García Sánchez:** Buenos días. Todos conocéis a Rafael y su astucia, su habilidad maquiavélica, para organizar actos y enredarnos a todos, uno de cuyos ejemplos este en el que estamos. Y en el acto en el que estamos ahora nada mejor que poner a un sabio, como Rogelio, y a un imbécil, que soy yo. Por tanto, no es que este acto sea al alimón; es que yo vengo sólo de sobresaliente de espada y sólo tendré que intervenir si a Rogelio le da un vahído, si se queda en blanco o si hay algún otro acontecimiento, porque él es el único que sabe lo que tiene que decir y lo que no. Lo único que hago yo es daros las gracias a los responsables por las maravillosas proteínas que nos habéis dado, por el estupendo tiempo que habéis tenido el detalle de ponernos, pues era un tiempo al principio fatal, pero hoy nos habéis dado tiempo para que paseemos por el río.

Y por último, deciros que me voy de aquí, aparte de con una cantidad enorme de libros, que pesan una tonelada, me llevo un producto cultural infinitamente mejor que el Internet –ayer estábamos todos obsesionados con defender el Internet-, que son los amigos. Me llevo unos cuantos amigos, que es muchísimo mejor que cualquier producto cultural. Muchas gracias y ahora habla el sabio...

**Rogelio Blanco.** Gracias José Luis, la vida da experiencia y sabiduría. Quiero reiterar el agradecimiento a la UNIA, a Cajasol, a todas las instituciones que han participado para que todo esto fuera posible, y sobre todo por su presencia y por las aportaciones que se han ido realizando durante las tres Actas. También quiero agradecer las palabras de Rafael. Ciertamente se adivina que es un amigo.

Es cierto, empezamos hace tres años y ya hemos cruzado el ecuador del proyecto. La idea inicial era la de poner en valor una serie de realidades que desean situarnos en el siglo XXI. No soy experto en audiovisuales, vengo del mundo de los libros, los archivos y las bibliotecas. Un mundo extenso que permite una serie de reflexiones que son extensibles a todo lo que abarca la creatividad.

El día de la inauguración José María Calleja refería a paradigmas líquidos, citaba a Bauman, y creo que la cultura, por suerte, tiene una serie de elementos líquidos, tiene unas fortalezas y unas debilidades. Deseo reflexionar brevemente en torno a la cultura y economía, y sobre la creatividad.

La palabra nace desde el fondo del hombre e históricamente ha necesitado una serie de soportes. El área que a mí me ocupa principalmente es el libro, uno de los soportes clásico y principal de la misma, pero llegamos al siglo XXI con nuevas tecnologías y nuevos soportes, que nos obligan a estar atentos.

No todas las culturas han hecho fijación de la palabra. De hecho, es menor el número de lenguas que tiene fijación escrita de la palabra que las que no tienen o no sólo son orales. En la historia de la humanidad han existido miles de lenguas. De las más de 6.000 lenguas existentes sólo 150 tienen fijación escrita *per se*. Hay otras que han sido fijadas posteriormente por expertos. Por tanto, la cultura ha ido funcionando entre la fijación en soportes y la oralidad. Todo esto nos ha ido llevando a la situación con la que alcanzamos el siglo XXI. Los agoreros, o los que tienen un planteamiento más pesimista, suelen gritar la frase del Jorobado de Notre Dame: “*Ceci tuera cela*” (esto matará aquello). Y hemos contemplado cómo este anuncio no se cumple. El libro, concretamente, va soportando los diversos empujes de otros soportes. Ciertos voceros vaticinaron la muerte de la Galaxia Gutenberg. Por ejemplo, McLuhan, en la década de los 50 del siglo pasado, anunció el final, pero lo proclamó en un libro. El último, Bill Gates, quien también escribió otro libro para anunciar la muerte del mismo.

Creo que los diversos soportes deberán convivir. Esta es la realidad. Y otra, la cultura en nuestros espacios aporta unas cifras, y hay que vincularla a la economía. Un elemento débil de nuestra realidad o nuestro espacio es que no tenemos fortaleza ideológica en desarrollos y análisis en torno a la cultura y la economía, frente al modelo inglés, que es más abundante, incluso posee revistas especializadas. Podemos recordad a Adam Smith, quien afirmaba que “la capacidad de comerciar es la clave de la condición humana”, o a otros que defienden la unidad de cultura y lenguaje como facultades del comercio. A Ricardo, que ya reflexionaba sobre la renta diferencial. Y en este orden no es casual que España sea el país de la UE que más invierte en Iberoamérica. En la década 1990-2000, el 60 por 100 fue en América. O por qué los emigrantes recibidos en

España, el 40% del total son americanos hispanohablantes. Ciertamente la proximidad lingüística genera otras cercanías. O al mismo Stuart Mill, u otros que ya reflexionaron en torno a la cultura y su aportación económica. Deseo recordar al alemán Max Weber, que incluso vincula la realidad con la economía. La ética protestante es toda un análisis, la sociología desde la religión como hecho cultural, cuyos efectos, desde la reforma luterana, en el desarrollo económico de todos los países seguidores, es evidente.

Mientras eso sucedía los países de la Reforma, en los que triunfa la Contrareforma, con cierto escrúpulo de no contaminar la pureza de la cultura y a fin de darle un carácter prístino, y se deseaba no contaminar la cultura con la economía, que se suponía un elemento discordante. Una parte de la responsabilidad la han tenido los propios creadores que se han sentido incómodos con esta relación. Así llegamos al siglo XXI con la necesidad de realizar el esfuerzo de no sentirnos incómodos con el binomio cultura-economía.

Fue en Alemania, en el siglo XX, concretamente la escuela de Frankfurt, cuando se empezó a hablar con determinación de industrias culturales. No obstante, dos componentes, Adorno y Horkheimer, se sintieron incómodos con esa valoración de industria cultural, porque consideraban que suponía desacreditar el esfuerzo de los creadores. Posteriormente, los posmodernos, sobre todo Bachelard, retomaron un planteamiento diferente en torno a la cultura. En la novela *Arcadia*, de Stoppard, se pregunta el personaje Septimus, “una vez que descubramos que la cultura ha perdido ese carácter de limpieza podemos irnos a una isla desierta y ¿qué vamos a hacer?” Y el personaje femenino, Tomasina, le responde: “pues entonces bailaremos”. Esto significa que no pasa nada, que podemos entrar en otro espacio de recreación personal en que la economía, que es parte de la realidad, puede convivir con la cultura.

Una de nuestras debilidades, pues, es la necesidad de aceptar a la cultura como fuente de riqueza, que es un venero de empleo y que genera oportunidades. La cultura es inversión, no gasto. Pero, sobre todo, debemos reflexionar en cómo la Cultura es un elemento que distribuye poder, porque distribuye saber. Y en cuanto más diluidos se presenten los saberes, los poderes serán mucho más compartidos. Por tanto, la cultura y todos sus soportes implican uno de los elementos más críticos, en el sentido positivo, en los espacios democráticos, para que haya una calidad democrática.

Cualquier régimen democrático que quiera definirse como tal, presentarse con vigor, y todos sabemos cómo los espacios más democráticos suelen ser los más desarrollados, debe diluir los saberes. Significa que hay que distribuir los poderes y a esto se le llama calidad democrática.

En los ámbitos del libro, los que a mi me toca coordinar, España es una potencia mundial, que sobre este soporte y sus anejos, ya sea el paralelepípedo de papel, el libro, y dentro de la Galaxia Gutenberg y, en este momento, contando con las nuevas tecnologías, el libro genera una aportación económica excepcional. Representa el 1 por 100 del Producto Interior Bruto, aglutina unas 4.000 empresas en España y ofrece grandes posibilidades de expansión y de distribución del saber que, insisto, es una forma de diluir poderes. Casi siempre las grandes dictaduras han sido muy reacias a esta diseminación de los saberes y casi siempre se han basado en la idea de “no enseñemos; cuanto menos sepan, más podemos...”. Por tanto, la cultura sí aporta ese carácter de calidad democrática.

Pero quiero retomar la dimensión económica. Pensemos en el libro en España, con esa generación de riqueza y de posibilidades. Las bibliotecas, son el espacio que más diluye los saberes y por tanto distribuye poderes, porque son una de las entidades más epidérmicas, próximas al ciudadano. Tampoco deseo olvidar a los archivos. Ayer comentaba con José María Calleja que es una realidad a la que no respondemos, pues los archivos son los garantes de los derechos y las libertades de los ciudadanos. En ellos se contiene todo nuestro *currícula* mientras pasamos por este planeta, y puede garantizarlo. En este orden, además de existir todas las variables mencionadas, se produce empleo y riqueza. En el caso concreto de los archivos, una realidad que nos puede parecer ajena a lo que aquí hablamos, pues en España existen casi 40.000 archivos. Si su plantilla, de media, es de 8 ó 10 empleos por archivo, el resultado final es sorprendente como centro de empleo.

Dicen que estamos en una situación de cierta incertidumbre económica, pues bien, posiblemente estamos perdiendo una oportunidad. Quizá esta posibilidad no se promueva con fuerza ya que el sector cultural, en general en España, está integrado por microempresas. De las miles existentes, activan más de 200.000 empleos y aportan una riqueza extraordinaria (sólo el libro mueve más de 5.000 millones de euros al año), pero

este 'ecosistema' tiene la aparente debilidad de estar conformado por microempresas, no por multinacionales. Al mismo tiempo, esta característica le confiere, contradictoriamente, la fortaleza de que ante cualquier crisis o cierre de una de ellas, el sistema no se derrumba en su totalidad.

Los japoneses, que en esta reflexión fueron pioneros, desarrollaron una teoría económica según la cual, durante las grandes crisis económicas, incluso en los cataclismos, fueron los dinosaurios, los grandes herbívoros, los que menos resistieron el cambio ecológico. Las empresas con más posibilidades de sobrevivir son las pequeñas. Por tanto, tener ese ecosistema cultural de microempresas no es una debilidad sino que puede ser una fortaleza. En el cataclismo geológico referido, sobrevivieron los pequeños roedores y los pequeños herbívoros.

Y detrás de todo lo que he comentado, deseo citar a otro elemento que da fortaleza. En el acto inaugural Rafael Escuredo mencionó el español como importante "pozo de petróleo" para los países hispanohablantes. El español presenta una homogeneidad y una identidad que le dan un carácter de lengua comunicacional de primer orden. Disponemos de una lengua, de la cual las academias han decidido unificar su ortografía y otros aspectos. Se dice que un campesino de Nueva Zelanda no se entiende con un campesino de Gales, supuestamente hablando en inglés, pero no hay dificultades para que un campesino andaluz dialogue con un campesino chileno. El español ofrece estas posibilidades de permeabilidad, emotividad, comunicación, expansión, sociabilidad, de producir contacto, gracias a una gramática unificada, a un vocabulario reconocible y a la mucha flexibilidad para asumir o abandonar. Este soporte que garantiza nuestra cultura y su extensión es un valor único. Téngase en cuenta a fin de valorar los supuestos elementos nada contaminantes ni elusivos que suele producir el diálogo cultura y economía.

Quisiera recordar que el Presidente del Gobierno anunció el programa *Pensar en español*. El español es una lengua que ya ha manifestado su validez para encauzar metáforas y sonetos, pero debe demostrar su validez como soporte de ciencia, sobre todo aplicada. Quizá el problema es que hemos estado mirando hacia otro lugar. Si recordamos nuestros próceres del pensamiento jurídico, histórico, sociológico, científico, biológico..., no sólo en el campo de la literatura, vemos que el español sí ha transmitido

con suficiencia esos conocimientos y ha aportado grandes saberes a la humanidad comunicados en esta lengua y recogidos en libros.

Uno de los objetivos del programa *Pensar en español*, que ya se ha iniciado con cuatro títulos, es el de publicar la obra de nuestros próceres Iberoamericanos a fin de demostrar que la lengua que compartimos siempre ha tenido capacidad para aportar toda clase de saberes en su momento. Ciertamente el modelo anglosajón se ha impuesto de una forma más sistemática, pero eso no significa que haya quedado invalidada la forma de expresión del español.

Esta lengua universal y expresiva no sólo es propiedad nuestra. Deseo recordar la expresión de Carlos Fuente, referida al ‘territorio Mancha’ como un territorio manchado y mestizo que pertenece a todos. El español es una lengua de la que todos debemos aprovecharnos. Es una riqueza a compartir, que debe transitar. Y como afirmó Cabrera Infante, recordando otra frase, el español es demasiado importante como para dejarlo sólo en manos de los españoles.

Esta riqueza produce una serie de valores y, desde el punto de vista empresarial, una serie de pluses que están ahí. Pero quisiera terminar insistiendo en que el español, con todos sus soportes y las nuevas tecnologías, permite distribuir los saberes y los poderes, y afirma la calidad democrática. En mi opinión esto es lo más importante.

Muchas gracias.